

Diciembre 2020

Palabras clave: municipalismo,
emergencia climática, transición
ecosocial, Ayuntamientos del Cambio,
hegemonía

Ciudades, emergencia climática y transición ecosocial. Un balance tras el corto verano del municipalismo

Emilio Santiago Muíño (emilio.santiago.muino@gmail.com, @E_Santiago_muin)

Doctor en Antropología Social y profesor de Filosofía en la Universidad de Zaragoza.
Exdirector de Medio Ambiente del Ayuntamiento de Móstoles (2016-2019)

La experiencia transformadora que inauguraron los Ayuntamientos del Cambio en el 2015 puede interpretarse desde ángulos muy distintos. Muchos han sido sus logros, pero también sus sombras, comenzando por la más evidente, que es la pérdida mayoritaria del poder municipal en el 2019. En este proceso, las políticas públicas de transición ecosocial y lucha contra la emergencia climática merecen un análisis detallado. A las conclusiones que se puedan sacar de la trayectoria general del municipalismo se le suma la dificultad de hacer política ecologista a la altura de las transformaciones que exige la urgencia de nuestra situación de insostenibilidad. Este texto lanza una panorámica reflexiva a este proceso, poniendo el énfasis en lo ecosocial, y ayudándose del uso neogramsciano de la noción de hegemonía para interpretar sus límites y extraer lecciones útiles de cara a los ciclos políticos que vienen.

Introducción: reflexiones de otoño

Fue Kois Casadevante quien, en el clima de tristeza y decepción colectiva que primaba el 27 de mayo de 2019, acuñó la fórmula nostálgica pero muy certera, y con una potente resonancia simbólica e histórica, del “corto verano del municipalismo”. Una legislatura que se vivió tan breve como breve se hizo el tiempo de la revolución libertaria de 1936 que Hans Magnus Enzensberger recrea en su novela histórica *El corto verano de la anarquía*. De la oleada de Ayuntamientos del Cambio que surgieron en el 2015, esa prometedora brecha abierta en la gobernanza neoliberal que traducía en la política institucional local el terremoto del 15M y de la que tanto se esperó, cuatro años después solo quedaba Cádiz, Valencia, Barcelona por los pelos y el taxón perdido zamorano. Otra muestra más de lo ingrata que es la historia de eso llamado España para sus capas populares, donde nuestras conquistas políticas tienen algo de paréntesis efímero que siempre se cierra demasiado pronto.

Son por tanto estas reflexiones de otoño que quieren hacer balance con el objetivo, como afirmaba Kois, de “hacer bascular la tristeza más hacia la esperanza que hacia la impotencia” (Casadevante, 2019). Mi intención con estas páginas es evaluar cómo se han entrecruzado en los Ayuntamientos del Cambio la potencia política de la apuesta municipalista y la forma en que esta ha dado respuesta a la emergencia climática como problema de época, y qué cabe esperar para futuras olas municipalistas.

1. El cubo de Necker de la política ecosocial: pequeños grandes pasos

Un repaso mínimamente exhaustivo de los logros de los Ayuntamientos del Cambio en materia de transición ecosocial y lucha contra la emergencia climática está más allá de las posibilidades de este texto. A modo de ejemplo ilustrativo, tomaremos algunos proyectos representativos de las dos ciudades más icónicas del proceso, Madrid y Barcelona.

El legado de políticas públicas exitosas de Madrid y Barcelona como cabeceras del proceso del municipalismo transformador ha sido notable. Algunas han sido reconocidas tanto internacionalmente como por sus rivales electorales. La reducción de deuda, el aumento del gasto social y la red pública de escuelas infantiles en el caso de Madrid. La política de vivienda, la regulación turística o el proyecto “Radares” contra la soledad no deseada en Barcelona. En ambas ciudades se han dado avances muy sustanciales en otros campos como la gobernanza participativa, el feminismo o la colaboración público-social (Casadevante *et al.*, 2018).

En el frente de la transición ecosocial también ha habido frutos suficientemente memorables como para trascender y consolidarse en el imaginario colectivo. Su imagen ya forma parte de ese diccionario de símbolos políticos con el que se trenzan los relatos hegemónicos. Pionero en España, en el caso de Madrid destaca el *Plan A de Calidad del Aire*, con la aplicación de la zona de emisiones reducidas de Madrid Central como emblema de un Gobierno a la vanguardia ecologista. Menos conocida por el gran público, pero unánimemente admirada por los especialistas, destaca la muy exitosa *Renaturalización del Manzanares*, un proyecto ejemplar en materia de restauración de la biodiversidad perdida por la presión urbanística sobre el cauce del río. Para Barcelona, la creación de la comercializadora pública Barcelona Energía, que ofrece electricidad de proximidad y 100 % renovable, sin duda ha supuesto una medida valiente y ambiciosa que apunta al corazón de la transición ecológica justa: el control común de la energía. Y la supermanzana piloto funcional del Poblenou ha supuesto un experimento urbanístico de gran impacto internacional, que ha demostrado la viabilidad y el interés de las ideas del urbanismo ecosistémico que Salvador Rueda impulsa desde los años noventa.

Se trata sin duda de *pequeños grandes pasos*. Pequeños porque en comparación con las urgencias dramáticas que nos interpelan con la emergencia climática y la crisis ecológica han pecado, en el mejor de los casos, de ser medidas tímidas, parciales, muy limitadas. Grandes porque dada la situación de partida y la *correlación antropológica de fuerzas tan desfavorable*, han supuesto una cuña en consensos neoliberales muy rocosos. Analicemos con algo más de detalle esta ambivalencia.

Paco Segura, miembro de Ecologistas en Acción y experto en contaminación atmosférica, declaraba en marzo del 2019 que Madrid Central había mejorado algo la situación dramática de salud pública que vivía al respecto Madrid. Pero que ni mucho menos era suficiente. A ojos del ecologismo madrileño, la actuación de Carmena en esta línea ha sido “demasiado lenta y demasiado timorata” (Segura, 2019), con una tramitación exasperante. El tono está en parte justificado: incluso con Madrid Central, los límites legales a la contaminación del aire siguieron sobrepasándose. Y Madrid Central solo es una de la treintena de medidas contempladas en el Plan A, pero la mayoría quedaron sin implementar.

El análisis exigente de los movimientos sociales se entiende cuando uno contrasta los logros y los retos. Por ceñirnos al tema atmosférico, y según datos de la Agencia Europea del Medio Ambiente, solo en el año 2014, el número de muertes prematuras provocadas por la contaminación del aire en Europa alcanzó la escalofriante cifra de 480.000, de las cuales aproximadamente 31.000 muertes eran de personas españolas (EEA, 2017). Dos cifras que merecen ser escritas y leídas varias veces porque son absolutamente inverosímiles y radicalmente escandalosas: medio millón de muertes al año en la UE, más de treinta mil en España. O dicho de otro modo: la contaminación provoca cada año en Europa un genocidio. Y en España un número de víctimas tres veces mayor que el acumulado en el conflicto civil del Yemen. Utilizar este lenguaje expresionista, casi panfletario, es interesante para cotejar que, sin embargo, la percepción social sobre este asunto es radicalmente otra. Baste comparar el tratamiento de las

víctimas de la contaminación del aire frente al de otras lacras que sí han conseguido construirse como problemas sociales oficiales: la violencia machista, los accidentes de tráfico, el crimen o el terrorismo.

Por suerte, ya existe consenso social en lo absolutamente intolerable que es la muerte de una mujer a manos de su pareja. O que ninguna causa política justifica el asesinato como medio para conseguir un fin. Pero al lado de las muertes anuales por contaminación, la suma de todas ellas no deja de dar lugar a una cifra pequeña. Sin ánimo de restar importancia a estas problemáticas, la comparativa es sociológicamente reveladora de las mentalidades colectivas imperantes. Aquellas que configuran los límites y posibilidades del debate público, y por tanto de la acción política. Una muestra más de la gran contradicción que nos desgarran en el siglo XXI: tras cuarenta años de neoliberalismo, que fueron cuarenta años perdidos para atajar una crisis ecosocial de la que en los setenta ya sabíamos casi todo, lo ecológicamente necesario es casi políticamente imposible.

Los movimientos sociales barceloneses hablan en términos parecidos de Barcelona Energía: reconociendo el avance, las principales críticas apuntan hacia su corto alcance, señalando la necesidad de “ir más allá de la comercialización mediante la recuperación de las redes de distribución, una política de tarifas que incentiven el ahorro y prioricen la vulnerabilidad energética” (Casadevante *et al.*, 2018: 214), además de una fuerte polémica inicial respecto a la incineración de residuos, opción que finalmente fue abandonada. Si solo tenemos una o dos décadas para hacer una transición energética renovable bajo control democrático, y el ritmo de cambio fuera el que hemos conocido con la creación de una herramienta como Barcelona Energía, cumplir con el Acuerdo de París será imposible.

Respecto al proyecto piloto de la supermanzana del Poblenou, el balance es parecido. Se han obtenido resultados sobresalientes, que refuerzan la hipótesis inicial: una nueva célula urbanística funcional, con un número de vehículos en el perímetro similar al que existía previamente a su implantación, pero con unas calles interiores sin coches, ganadas para la vida comunitaria y con una mejora notable de la calidad ambiental. Pero una nueva supermanzana, añadida a las otras tres previamente existentes (una en el Born y dos en Gràcia), queda lejos del ritmo y la escala de implementación para una ciudad que se ha propuesto como objetivo de su Plan de movilidad urbana sostenible, alcanzar las 500 intervenciones.

Es verdad que la supermanzana del Poblenou tuvo que enfrentarse a un importante foco vecinal de resistencia al cambio, convenientemente amplificado por la guerra mediática de desgaste contra el Gobierno de Barcelona en Comú. Esto sin duda contribuyó a que el plan de mínimos del Gobierno para la legislatura 2015-2019, que desarrollaba al menos cuatro supermanzanas más (en Hostafrancs, Horta, Les Corts-Maternitat y Sant Antoni) no se cumpliera en plazo. Haber disuelto este foco de resistencia mediante participación ciudadana, pero sobre todo mediante el éxito empírico del proyecto, facilitará aumentar la velocidad de la transformación de Barcelona bajo los parámetros del urbanismo ecosistémico. Pero sin duda también cabe aquí la reflexión pesimista que Jorge Riechmann lanza sobre el caso de Gorona del Viento, el proyecto que supuestamente otorga soberanía energética renovable a la Isla del Hierro: “más de tres decenios para hacer a medias lo que hubiera debido desplegarse rápidamente a partir de los años setenta del siglo XX...Y al final, lo que tenemos es sólo otro proyecto piloto, uno más” (Riechmann, 2019: 18). El ecologismo más consecuente denuncia que un espíritu de reforma progresiva ya no se ajusta a un momento como este, que es de emergencia histórica extrema.

Pero esta evaluación de vaso medio vacío puede y debe contraponerse a una mirada de vaso medio lleno: la victoria que estas medidas han supuesto en el plano de la guerra cultural. Lo que hace cuatro años era una demanda extravagante de movimientos radicales hoy está en la agenda oficial de dos grandes ciudades globales, y ya está siendo experimentado en forma de políticas públicas embrionarias que poseen eso que Errejón y García Linera han llamado “irreversibilidad relativa” (Errejón y Linera, 2019).

Sigamos estudiando el caso de Madrid Central, que es un experimento de ecología política urbana especialmente interesante al menos por dos cuestiones: porque lo hereda un equipo de gobierno de signo político diferente que intenta desmontarlo con, de momento, poco éxito, y porque tiene la ventaja de encarar la crisis ecológica desde esa proximidad narrativa que ofrece la idea de salud. Quizá las dificultades con las que se ha topado el Gobierno de Almeida para dismantelar el legado de Madrid Central no se expliquen sin la segunda de estas cuestiones. Mientras que el cambio climático nos remite al relato de algo que siempre parece que sucede en otra parte, los picos de ozono troposférico escuecen en nuestros ojos y gargantas. Mientras que el agotamiento de recursos básicos solo nos asusta cuando se expresa en un indicador tan falaz como los precios, la boina negra sobre el cielo de Madrid es una imagen que todo el mundo reconoce como una postal de pesadilla. El éxito popular de Madrid Central esconde pistas clave para construir propuestas ecologistas de mayorías.

Este éxito es especialmente significativo por el papel simbólico del automóvil en el modelo antropológico de la Gran Aceleración nacido tras la Segunda Guerra Mundial. Decía el antropólogo Marvin Harris que para ver una vaca sagrada no hacía falta ir a la India. Bastaba mirar un coche desde la ventana de casa. En muchas facetas, nuestra relación con el automóvil se parece más a la adoración de un tótem que al uso racional de un objeto potencialmente útil. Como otros comportamientos colectivos imperantes en el capitalismo, nuestra adicción al coche tiene algo de decisión libre y mucho de chantaje estructural. Chantaje directo porque los déficits estructurales en transporte público, y la intensa movilidad diaria que exige el actual mercado laboral es una combinación perversa. Incluso en el área metropolitana de Madrid, con la red de infraestructuras de transporte público más densa del país, para muchas personas el coche es la única opción de poder conciliar horario de trabajo y un mínimo tiempo de vida (especialmente quizá en el modelo urbano de Madrid, que bajo dos décadas de aguirrismo se ha propuesto imitar la *suburbia* estadounidense). Chantaje indirecto porque la industria automovilística no se ha gastado miles de millones de euros durante décadas en publicidad para que el condicionamiento psicológico no haya tenido un efecto sólido. Así, para una parte importante de la población la libertad sigue pareciéndose mucho a conducir un coche por una carretera solitaria en un paisaje de belleza indómita. Y con este deseo, como con cualquier otro, no se puede hacer borrón y cuenta nueva. Los deseos también se transforman, pero a fuego lento y nunca por el imperativo de un decreto municipal.

Entre la espada de la contaminación y la pared de estos chantajes, que además la oposición política siempre magnifica, se conforma una pinza que resume el reto peligroso de la sostenibilidad urbana: por ejemplo, cómo recuperar la ciudad para las personas frente a los coches, reduciendo contaminación y emisiones, y no morir políticamente en el intento. Para habitar este espacio estrecho con algún rendimiento transformador, los Ayuntamientos del Cambio han tenido que sacarse un doctorado en el arte de la contradicción.

La política pública ecosocial está condenada a ser como un cubo de Necker, la famosa ilusión óptica en la que la percepción de su profundidad es ambigua hasta que el observador decide cómo quiere mirarla. Enfocadas desde los límites planetarios, casi todas suspenden. Pero enfocadas desde los límites políticos que impone una hegemonía neoliberal muy sedimentada, los éxitos son notables. Recordemos aquí que el neoliberalismo es una ideología que ya no está compuesta solo de mitos y emociones hechas de metáforas, sino que es “discurso encarnado” en infraestructuras tan poco flexibles como la arquitectura cerrada de los nuevos PAU o el ordenamiento del territorio. El valor político de las brechas que proyectos como Madrid Central o Barcelona Energía han abierto en el sentido común imperante tiene que ser evaluado desde el reconocimiento de esta doble limitación: la ecológica y la política.

2. Un cortocircuito en el municipalismo como proceso hegemónico

Tanto Madrid como Barcelona han conocido también la frustración, o al menos el aparcamiento en un limbo administrativo, de algunas de sus medidas estrella en materia de transición ecosocial. En Barcelona el caso más llamativo es la municipalización del agua: una dura pelea legal en la que el Tribunal Supremo ha dado finalmente la razón a Agbar, la empresa que gestiona el agua de

Barcelona por una concesión de un siglo dada en la época de la dictadura franquista. Pero al menos en Barcelona la continuidad del Gobierno del cambio puede todavía hacer prosperar esta medida, aunque el margen de maniobra se ha estrechado sustancialmente.

En Madrid, sin embargo, la administración de coalición del PP y Ciudadanos no solo ha terminado con la experiencia municipalista madrileña, sino que además ha puesto un énfasis especial en aplicar una política de tierra quemada sobre la obra de gobierno de Ahora Madrid. Acabar con Madrid Central fue el *casus belli* electoral de la derecha. Las fotos de Almeida y Villacís celebrando la reversión de la peatonalización de la calle de Galileo es una declaración de intenciones semióticamente perfecta.

Significativamente, para el caso concreto de Madrid Central, el desmontaje no ha podido ser consumado, y la promesa no ha podido ser todavía cumplida. La razón ha sido una intensa oposición ciudadana, cuya mayor victoria fueron dos sentencias judiciales que tumbaron la moratoria a las multas, decretada por el consistorio de Almeida, que suprimía *de facto* la zona de bajas emisiones de Madrid Central. El procedimiento de infracción abierto desde el 2010 por la Comisión Europea contra Madrid por el incumplimiento sistemático de los límites legales por contaminación de NO₂, y que amenaza con convertirse en una multa de cuantía millonaria, no ofrece además mucho margen de maniobra para la reversión. Por el contrario, el proyecto MARES ha sido desmantelado. MARES era una gran incubadora de economía social que el Ayuntamiento de Madrid había generado, con fondos europeos, para promover un cambio de modelo productivo, que tenía en la transición ecológica (energías renovables, agroecología, movilidad, economía circular, etc.) y la economía feminista de los cuidados sus horizontes de trabajo.

La capacidad de resistencia diferencial de estos dos proyectos ofrece pistas sobre el grado de potencia hegemónica de las diferentes ideas fuerza del discurso ecologista. Y recordemos que la hegemonía, en el sentido gramsciano del término que aquí se aplica, no consiste tanto en promover por ejemplo la alienación partidista de una judicatura favorable (nombramiento de jueces afines), sino en establecer perspectivas de interpretación sobre lo social que, siendo ideológicamente de parte, tengan tal capacidad de aglutinar demandas diferentes que puedan pasar como algo de interés general. Así el daño a la salud pública empieza a convertirse en una externalidad intolerable dentro del sentido común imperante, que es la materia prima del juego político. Lo suficiente como para que se pueda sentar jurisprudencia ambiciosa tratando de evitarlo. Pero la promoción de una economía donde la democracia interna, la igualdad de género o la producción sostenible sean rasgos distinguibles que toque premiar, todavía no lo es. Por eso Madrid Central resiste, y MARES ha sido fácilmente clausurado.

La referencia a la noción gramsciana de hegemonía resulta fundamental porque los déficits en materia de transición ecosocial de los Ayuntamientos del Cambio no pueden desatender el hecho de que el municipalismo ha sufrido una suerte de cortocircuito en el proceso hegemónico que inauguraba. Las elecciones del 2019 demostraron que la propuesta municipalista no consiguió fidelizar una adhesión política mayoritaria a su modelo de ciudad y su estilo de gobernanza. En otras palabras, no consiguieron mantener la tensión propia de un proyecto político hegemónico. Lo que explica su efímero paso por el Gobierno, del que la ciudad de Barcelona es excepción, mientras que la experiencia de Madrid resulta especialmente dura en términos políticos. El 26 de mayo de 2019 Barcelona en Comú perdió cinco puntos porcentuales de voto y un concejal, pero aún más débil políticamente, y beneficiándose de una anomalía en la dinámica de bloques políticos explicable solo en el contexto específico catalán, logró dar continuidad al proyecto. La plataforma Más Madrid, descendiendo un punto porcentual, que se tradujo también en un concejal menos, y a pesar de ser el Ayuntamiento en el que las fuerzas del cambio retuvieron un nivel mayor de voto a excepción de Cádiz (un 30 %), perdió la alcaldía.

En la pequeña selección de medidas analizadas se encuentra una pauta común, que además es extrapolable a la mayoría de las políticas públicas municipalistas relacionadas con la lucha contra la emergencia climática. Durante los últimos cuatro años, y en muchos lugares más allá de Madrid y Barcelona, ha habido una auténtica proliferación de estrategias, documentos, pactos, mociones

y procesos participativos en temas tales como la agroecología urbana, la soberanía energética, el compostaje comunitario, la movilidad ciclista o la rehabilitación. En general, se puede concluir que el municipalismo logró avances significativos en muchas tareas de la transición ecosocial si aceptamos incluir una letra pequeña: sus transformaciones han pecado de quedar atrapadas en un cierto estatus simbólico. Como victorias esencialmente culturales con todavía poca incidencia contrastable en términos estadísticos más allá de algunos experimentos sobrerrepresentados en la propia imagen del modelo de ciudad que se ha querido proyectar.

Como hemos argumentado, este resultado es lógico dado el contexto de la correlación de fuerzas antropológicas de la que se partía. Y en cierto sentido, se corresponde con el circuito prototipo de la hegemonía política. Álvaro García Linera establece que el proceso hegemónico transformador se puede resumir en un esquema de etapas que él denomina Gramsci-Lenin-Gramsci (García Linera, 2017). Primero, disputando los símbolos unificadores, se gana el discurso en su nivel más lingüístico, más blando, con victorias que son intelectuales, culturales y morales. Después hay un choque desnudo de fuerzas que dirime el monopolio del poder. Y una vez consolidado el control efectivo de las estructuras del Estado, se vuelve a ejercer un momento gramsciano, de construcción de dominio cultural, pero desde las herramientas de intervención masiva que ofrece la ley, los presupuestos estatales y las políticas públicas. Esto es, interviniendo en los niveles más objetuales y duros del discurso. En sociedades democráticas pluralistas este esquema presenta fronteras difusas (el momento Lenin nunca se reduce a la fecha electoral, sino que se prolonga al menos durante buena parte de la primera legislatura de un Gobierno), pero a grandes rasgos sigue siendo una trayectoria válida.

Si utilizamos este esquema como herramienta interpretativa, podremos concluir que el municipalismo no logró completar el proceso hegemónico. Sufrió un cortocircuito entre el momento Gramsci irruptor de 2014-2015 y el momento Lenin durante la legislatura, que le impidió consolidarse como una alternativa de gobernanza sólida. Por ello sus logros, especialmente en materia ecosocial donde su base de apoyo era menor, no dejan de presentar ese aire de reescrituras superficiales del código semiótico de la ciudad que denuncian algunos movimientos sociales transformadores. Y que para expectativas transformadoras ambiciosas puede confundirse más con el marketing político que con la acción política transformadora.

Una explicación satisfactoria del cortocircuito hegemónico del municipalismo está por construir, y será imprescindible para tener un balance del ciclo político que se abrió con el 15M. Se exponen de modo telegráfico tres hipótesis complementarias que, entre muchas otras podría ser interesante explorar añadiendo un enfoque específicamente ecosocial:

- Como en un efecto cascada, el municipalismo se resintió de la pérdida de potencia hegemónica del espacio político del cambio en el ámbito nacional. El viejo tópico que afirma que las elecciones municipales nunca son elecciones locales ha seguido afectando al comportamiento electoral en el Estado español. Y en este sentido es difícil explicar el empuje inicial del municipalismo, pero también su declive, sin el efecto arrastre del fenómeno Podemos, cuya caída ha sido casi tan rápida y tan digna de estudio como su meteórico ascenso. Esta historia está por escribir, y sobre todo por investigar. Será preciso comprender la resiliencia del régimen del 78, al que se le presupuso una crisis orgánica terminal quizá de modo precipitado. Pero más interesante, desde una perspectiva comprometida con la transformación social, es comprender que pasó dentro del espacio político del cambio para poder aprender de la experiencia. No podemos añadir mucho aquí, solo una consideración importante que ha tendido a ser obviada en los análisis más inmediatos. Además de conflictos interpersonales, de disfunciones que se han demostrado inherentes a ciertas formas de organización, de las disputas por el control de los aparatos entre familias políticas, de las peleas por las apuestas tácticas, o de los choques entre estrategias incompatibles y sus diferentes costes de oportunidad, Podemos fue sometido a un desgarrador diferendo teórico: el de la validez o no de su hipótesis fundacional. Esto es, la hipótesis populista, que asumía entre otros “asesinatos del padre” que la topología política del siglo XX, el eje izquierda-derecha, tras el 2008 había quedado obsoleto. Como si la hipótesis populista hubiera sido un

arma de un solo disparo, esta se abandonó tras las elecciones generales de diciembre del 2015, deslizándose progresivamente Podemos hacia un nicho político poscomunista convencional, homologable al que existía en España y en Europa antes del 15M.

- En su tarea de gobierno, el municipalismo infravaloró ese elemento central que según Clausewitz distingue la guerra real de la guerra teórica: la fricción. Gobernar una ciudad, gestionar una administración pública, también implica “un movimiento en un medio penoso” (Clausewitz, 2017: 120). Que se hizo especialmente duro dada la inexperiencia al respecto de los espacios políticos en lo que se había forjado la apuesta municipalista. Cogobierno con socios con poca predisposición a la colaboración y mucho más hábiles en el juego institucional y sus trampas, ausencia de conocimientos jurídicos y técnicos, escasa costumbre negociadora, ignorancia sobre la “institución profunda”, falta de sintonía con las redes del funcionariado que dirigen el funcionamiento real y no formal de la maquinaria administrativa, actitud sabotadora y muy beligerante de ciertos grupos de interés... Por norma general el municipalismo tuvo que pasar una dura aclimatación a un ecosistema político relativamente nuevo y en buena medida hostil, bajo una enorme presión opositora (magnificada en la medida que las oligarquías entendían que los Ayuntamientos eran el prólogo de un asalto al poder nacional), y limitado por algunas hipotecas autoimpuestas fruto de cierto romanticismo antipolítico ingenuo, muy propio de la atmósfera emocional del 15M. El caso más ilustrativo de esto último fue la decisión, tomada por muchos grupos municipalistas en gobierno, de reducir la cuota de asesores y cargos de confianza que legalmente les correspondía como gesto de rechazo a los *habitus* propios de la vieja política.

- Además de fricción exterior, el municipalismo ha tenido que soportar una intensa fricción interior, provocada por las altas expectativas participativas de su matriz política de origen. En este marco el distanciamiento estructural entre base y dirigencia, que es universal e inherente a toda política institucional, adquiere una intensidad que puede llegar a ser profundamente desestabilizadora. Mientras que las bases, especialmente las que se socializaron políticamente en movimientos sociales, suelen mantener posturas maximalistas, impacientes, y más predispuestas a sentirse agraviadas por gestos que tengan un peso simbólico fuerte en su esquema identitario, un Gobierno municipal solo puede funcionar aplicando cierto pragmatismo, capacidad de cesión y cierta paciencia estratégica. Este distanciamiento se agrava inevitablemente debido a que Gobierno y base militante de apoyo están sometidos a tiempos, responsabilidades y recompensas muy diferentes. En el alcance de objetivos concretos, las administraciones son monstruos antediluvianos y los movimientos de base, actores ágiles. Pero el tiempo de trabajo cotidiano, especialmente ligado a la gestión institucional, es endiabladamente rápido, mientras que los tiempos de respuesta de las bases son necesariamente lentos. Esto dificulta la delegación de tareas en unas bases que la dirigencia tiende a percibir como poco eficaces. Como además la responsabilidad de fallar en uno u otro ámbito es radicalmente distinta, la dirigencia tiende a desconfiar de las bases y generar acaparamiento de las tareas según el peso percibido de su responsabilidad. Esto es sentido por las bases como un cierre que socava la calidad democrática de un espacio político. Si a esto se le suma que nunca podrá dejar de existir una división muy importante entre dirigencia y base en el plano de las recompensas (unos son profesionales con el estímulo de un salario, los otros voluntarios con un estímulo ético) el círculo vicioso de la delegación-desafección tiende casi siempre a crecer. Encontrar una tercera vía que maneje de modo fértil la tensión entre la bunkerización tecnocrática que puentea la participación, y el radicalismo disfuncional impuesto por minorías activistas sobredimensionadas, es una necesidad de la cultura política municipalista que está muy lejos de ser resuelta. Y que en la política pública ecosocial puede resultar especialmente inflamable, dada la enorme distancia entre lo ecológicamente urgente y lo políticamente factible.

3. Conclusiones: los límites del municipalismo

Dos ideas marcan el balance del corto verano del municipalismo en materia de transición ecosocial y lucha contra el cambio climático: i) los resultados han sido ambivalentes y ii) aunque la

transición ecosocial implica algunas dificultades específicas, su desempeño no puede desligarse de la reflexión sobre los límites generales de la apuesta municipalista.

Es evidente que entre los años 2015 y 2019 se dio un salto cualitativo en la agenda ecosocial, que pasó de la periferia al centro del debate político. La acción de vanguardia de los Ayuntamientos del Cambio contribuyó a ello en temas clave, como la calidad del aire, la movilidad sostenible o el control ciudadano de la energía. Sin duda, que el lustro 2015-2019 haya sido el de la explosión de la conciencia climática global, comenzando con los Acuerdos de París y llegando hasta un 2019 que ha sido un año hito en la historia del ecologismo, con la eclosión del fenómeno Greta, las acciones de desobediencia civil masiva de *Extinction Rebellion* o la gran huelga mundial por el clima, supuso un viento de cola favorable. Pero con todos estos avances, ninguna ciudad del mundo es hoy una entidad sostenible, especialmente si analizamos su metabolismo energético material de un modo integral: la *Green Smart City* europea no sería posible sin la conversión de China en un infierno dickensiano. El factor “espejismo geopolítico”, que esconde los procesos de externalización en la extracción de los minerales y las emisiones de CO₂, no puede ser obviado si queremos tener una perspectiva completa de lo que implica la transición ecológica.

La sostenibilidad, definida y aplicada en el sentido fuerte que requiere enfrentar la emergencia climática y la crisis ecológica, y además modulada desde la justicia social y el feminismo, es un objetivo político que lanza una enmienda a la totalidad que es profundamente revolucionaria en todos los órdenes de nuestra vida social. Asumirla nos obliga a trastocar no solo intereses económicos bien organizados, que siempre saben defenderse, como pudiera ser el del oligopolio energético o el *lobby* fósil. Para llegar a ser ciudades y sociedades sostenibles hemos de cambiar las reglas básicas del juego económico que ha primado en los últimos 200 años. Afectar mucho a la actual distribución del poder y la riqueza. Desplegar inmensas sustituciones tecnológicas que tienen en sí mismas un fuerte componente político. Intervenir en estratos muy profundos y poco manejables por la política de corto plazo de nuestra reproducción metabólica en sus tres dimensiones: la tecno-material, la social y la simbólica. Nos referimos a tareas como desmontar el *hardware* de infraestructuras que viene heredado por nuestra ordenación del territorio, abrir alternativas a las dinámicas estructurales que secuestran a nuestras economías en la expansión permanente o deconstruir las mitologías más profundas de nuestro ordenamiento antropológico, como la “tecnolatría” o el mito del progreso.

El ecologismo señala con razón que, en un planeta finito una sociedad sostenible tendrá que dar lugar a un paradigma poscrecimiento, a una economía de estado estacionario. Por comparación histórica, la empresa socialista, que quiso transformar casi todo y cuyo estudio es parada obligatoria para pensar un poscapitalismo a la altura del siglo XXI, nunca intentó algo tan revolucionario como dejar de crecer, y no puede enseñarnos nada al respecto. Como también caminamos a ciegas, sin referentes inspiradores, en la construcción de una utopística política ilusionante formulada desde una idea de cierta austeridad material frente a la idea de abundancia que ha presidido casi todas las propuestas de reforma social en la era industrial. Una labor especialmente compleja cuando el neoliberalismo ha instalado en buena parte de la población mundial (también en los países emergentes en forma de marco de expectativas) una economía libidinal, una configuración social del deseo, basada en un derroche de recursos ecocida. Riechmann definió a la perfección el contrato social neoliberal: un mundo *low cost*, con vuelos, carne y teléfonos móviles baratos, al alcance de las masas, con un impacto ecológico gigantesco que se externaliza hacia los otros o hacia el futuro, a cambio de vidas precarias e inseguridad económica.

Es fácil concluir, por tanto, que salvar el desnivel entre la urgencia ecológica del siglo XXI y la articulación de hegemonías políticas transformadoras es una tarea que le queda *especialmente* grande a nuestras ciudades. Y esto ocurre porque, en una de esas ilusiones necesarias sin las cuales no se hace política, la apuesta municipalista sobrevaloró su capacidad de incidencia histórica. En los ambientes más activistas el corto verano del municipalismo ha sabido a poco porque seguramente se le estaba exigiendo demasiado.

En el Estado español los municipios controlan una parte mínima de la riqueza pública, menos de un 15 %. Sus competencias legales y fiscales son pocas, y su ejercicio efectivo en muchas ocasiones está supeditado a transferencias financieras y acuerdos con entidades administrativas superiores bajo criterios poco claros, que dan lugar a todo tipo de arbitrariedades políticas si, a su vez, no se controla políticamente el escalón superior. La red pública sobre la que trabajaron los Gobiernos del Cambio es además una red pública maltratada por el círculo vicioso del neoliberalismo: desmantelada por una década de recortes, jibarizada por dos décadas de procesos de privatización, por tanto poco ágil y capada, lo que retroalimenta la necesidad perversa de abrazar las recetas neoliberales como una balsa en medio del naufragio. El ejemplo más claro es la vinculación de la financiación municipal con la venta de suelo: un diseño institucional que, como afirma Naredo (2010), es uno de los motores malditos que alimenta a la vez la economía especulativa del pelotazo, la corrupción política y el melanoma urbanístico que destroza nuestros territorios. Por su debilidad electoral, los Gobiernos del Cambio han trabajado además o bien en minoría, o bien en gobiernos compartidos, lo que ha provocado muchas situaciones de poder fragmentado, que intensificaron la fragmentación disfuncional a la que ya son proclives las administraciones públicas. Y por si fuera poco, el corto verano del municipalismo ha sido encorsetado por la intervención draconiana y partidista del Ministerio de Hacienda y las políticas de austeridad que abandera la Ley de estabilidad presupuestaria.

En este “medio penoso” por retomar la imagen de Clausewitz, y con armas tan débiles, liderar procesos de cambio profundamente revolucionarios, como es la transición ecológica, solo puede justificarse desde cierto *pensamiento mágico democrático*: la proximidad con la gente y las posibilidades de una alta participación ciudadana compensarán todos los déficits. Esta es una ilusión difusa, nunca explícita, muy presente en algunos espacios transformadores y que no es baladí porque conforma ciertas disposiciones políticas que son determinantes. A saber: considerar que la inmensa fuerza social que las irrupciones plebeyas y populares pueden llegar a poner en juego en los grandes momentos destituyentes no se disipa pronto. Y que por tanto puede actuar como una suerte de reactor de fusión que pone al servicio de la política transformadora la energía inagotable de las estrellas. Haciendo una analogía con el cómic de Astérix, uno de los mitos inconscientes de la apuesta municipalista fue pensar que la profundización de la democracia era una suerte de poción mágica que otorgaba superpoderes a la aldea gala asediada por las tropas romanas.

Con este breve repaso a sus límites no quiere negarse la potencialidad transformadora del municipalismo. Ciudades con Gobiernos progresistas, trabajando en una red global con agendas comunes, han demostrado ser un actor con una capacidad política interesante. Como analiza bien Jessop (2017), nadie puede pensar ya el poder político en los términos de la vieja escuela nacidos del Tratado de Westfalia, como si este fuera una “cosa” concentrada en el gobierno de un recinto espacial estanco delimitado por fronteras. El poder político es una relación social altamente compleja, multiescalar, que permite ser disputado y parcialmente ejercido por galaxias de actores y agencias sociales muy diversas. Alianzas entre grandes ciudades, especialmente ciudades con proyección global, están jugando un papel de liderazgo en el cambio civilizatorio que hoy está en disputa, en materia de transición ecológica, pero también de políticas públicas feministas, avances en la redistribución de la riqueza o la creación de nuevos bienes comunes.

Pero el Estado en sentido clásico no está en retirada. Es un enorme error político considerarlo así. Y su papel resulta especialmente insustituible en eso que García Linera llamaba momento Lenin: el paso de una construcción de hegemonía cultural esencialmente simbólica, explícita, basada en el relato, a una hegemonía cultural fáctica, sistémica, reproductiva, inconsciente, basada en el peso material de la ley, las infraestructuras, las rutinas administrativas y económicas, en definitiva, la hegemonía que permite orientar a tu favor el efecto arrastre de buena parte de la inercia social. La tarea por delante es, como mínimo, análoga a la revolución neoliberal, con transformaciones de un calado y una rapidez similares tanto en lo socioeconómico como en lo antropológico. ¿Alguien puede creer que la revolución neoliberal habría sido posible promoverla sólo con las alcaldías de Londres y Nueva York, sin los Gobiernos de Thatcher y Reagan?

En resumen, la experiencia del corto verano del municipalismo refuerza la siguiente idea: el gobierno transformador de nuestras ciudades puede mejorar sustancialmente la vida de sus ciudadanos en aquello que está a su alcance. Por ejemplo, respirar un aire que no sea un problema de salud pública. Esto es valioso en sí mismo. Pero de cara a transformaciones sociales de mayor alcance, como solucionar la emergencia climática, el municipalismo funciona más bien como una de las mejores herramientas populares en la fase gramsciana inicial del proceso hegemónico. Esto es, la fase de la disputa cultural por los significados compartidos por las mayorías sociales. Pero esto se quedará corto si el proyecto político que lo inspira no logra subir peldaños en las escalas superiores del poder institucional. En los desempeños futuros que el municipalismo jugará en el marco de la transición ecosocial, será importante tener en consideración este papel parcial, profundamente performativo, de la ciudad como constructora de discursos y afectos políticos que apuntan más lejos. Y aprender juntas y juntos a actuar en consecuencia mejor de lo que hemos hecho en el pasado.

Bibliografía

CASADEVANTE, KOIS (2019). “El corto verano del municipalismo”. *El Diario* [en línea]. Disponible en: https://www.eldiario.es/ultima-llamada/corto-verano-municipalismo_6_904019614.html

CASADEVANTE, KOIS; MORÁN, NEREA; PRATS, FERNANDO (2018). *Ciudades en movimiento. Avances y contradicciones de las políticas municipalistas ante las transiciones ecosociales*. Madrid: FUHEM-Foro de Transiciones.

CLAUSEWITZ, KARL VON (2017). *De la guerra*. Caracas: El Hormiguero.

EUROPEAN ENVIROMENT AGENCY (2017). *Air Quality in Europe 2017 Report* [en línea]. Disponible en: <https://www.eea.europa.eu/publications/air-quality-in-europe-2017>

GARCÍA LINERA, ÁLVARO (2017). “Tiempos salvajes. A 100 años de la revolución soviética”, en Andrade y Sánchez (eds.). *1917. La Revolución Rusa 100 años después*. Madrid: Akal.

GARCÍA LINERA, ÁLVARO; ERREJÓN, ÍÑIGO (2019). *Qué horizonte. Hegemonía, Estado y revolución democrática*. Madrid: Lengua de Trapo.

JESSOP, BOB (2017). *El Estado: pasado, presente, futuro*. Madrid: La Catarata.

NAREDO, JOSÉ MANUEL (2010). “El modelo inmobiliario español y sus consecuencias”. *Sin Permiso* [en línea]. Disponible en: <https://www.sinpermiso.info/textos/el-modelo-inmobiliario-espaol-y-sus-consecuencias>

RIECHMANN, JORGE (2019). *Otro fin del mundo es posible*. Barcelona: MRA Ediciones.

SEGURA, PACO (2019). entrevista en *El Salto* [en línea]. Disponible en: <https://www.elsaltodiario.com/medioambiente/paco-segura-ha-habido-algunas-mejoras-en-temas-como-la-calidad-del-aire-pero-les-ha-faltado-rematar-la-faena>